

LA IGLESIA EN EL MUNDO DE HOY PREOCUPADO DIAGNOSTICO DEL ARZOBISPO PRIMADO SOBRE LA SITUACION RELIGIOSA DE ESPAÑA

Señaló entre los problemas más graves la falta de estima del magisterio de la Iglesia, la prisa en la aplicación del Concilio y el mal planteamiento de las relaciones Iglesia-Estado

"PERO —DIJO— YO TENGO ESPERANZA EN LA IGLESIA DE DIOS Y CONCRETAMENTE EN LA DE ESPAÑA"

Toledo 2. (Crónica de nuestro corresponsal, por télex.) Con un largo discurso del arzobispo de Toledo y primado de España—treinta y siete folios leídos pausadamente—se ha clausurado esta mañana, en la catedral, la V Semana de Estudios y Coloquios sobre Problemas Teológicos. Ante varios centenares de con- gregados en el crucero del templo, que aguardaban con no poca expectación la intervención del monseñor González Martín, tuvo lugar una misa concelebrada y presidida por el obispo de Sigüenza-Guadalupe, monseñor Castán Lacoma. Asistieron las autoridades.

El arzobispo de Toledo se ha mostrado rancamente preocupado, diríamos más bien entristecido, al contemplar el panorama religioso de España, que ha descrito minuciosamente, analizando sus causas y sus efectos. «Una honradez elemental—dijo—me obliga a manifestar que la situación de España hoy, en cuanto a la fe y a la moral, empieza a ser grave». Y añadió: «Hace dos años fue presentado en la Conferencia Episcopal Española un informe alarmante sobre la situación moral de nuestra sociedad. Hoy tendríamos que decir que se ha agravado notablemente.»

Monseñor González Martín habló claro, no eludió el problema de las relaciones Iglesia-Estado, reconoció que existe desconcierto aún entre los mismos obispos, y señaló, entre otras causas del desorden, las siguientes:

«Primera. Desestimación del Magisterio, concretamente del pontificio, sustituido por la adhesión a grupos de teólogos o que a sí mismos se llaman tales, los cuales se han permitido todas las licencias. Se reciben y comentan los documentos del Papa de índole social y se silencian sus encíclicas y discursos sobre la fe y los dogmas de la Iglesia.

Segunda. Desconcierto dentro de la misma jerarquía, nacido en gran parte de la falta de leyes posconciliares, que nos han impedido ponernos de acuerdo en cuanto a la praxis de las tolerancias y las prohibiciones.

Tercera. Complejo de inferioridad frente a los logros, reales o supuestos, de otras Iglesias de Europa. Se nos acusó a los obispos españoles de esto en el Concilio, y ahora se está dando este fenómeno a escala mucho más generalizada con un mimetismo lamentable en el campo doctrinal y pastoral.

Cuarta. Desplazamiento excesivo de la fe en la Encarnación hacia las realidades de orden político-social, o por el contrario, un espiritualismo tan desencarnado que se hace ineficaz para la predicación del Evangelio.

Quinta. Prisa alocada y vertiginosa en

querer tratar a todo y resolverlo todo sin sosiego y sin paz. El Concilio Vaticano II requiere muchos años de esfuerzo para asimilar lo que en él hay de avance dentro de la obligada coherencia con la tradición. Y aquí nos hemos lanzado en tromba hacia todos los campos a la vez, dando un ejemplo de ligereza y de desequilibrio lamentables. Para todo hemos creído tener fórmulas de solución nueva y las hemos predicado con altanería, queriendo imponerlas a los demás.

Sexta. Mal planteamiento de las relaciones Iglesia-Estado. Necesita de modificaciones la situación actual, conforme a lo que el Concilio pide y señala en todos los documentos en que trata de ello, y de acuerdo con las reales condiciones de la Iglesia y la sociedad española, no hemos sabido aislar y contener este hecho dentro de su contexto jurídico y sociológico, y al hablar del mismo se han invadido otros terrenos, hiriendo los sentimientos religiosos, haciendo proceso a las intenciones de muchos, engendrando una vez más el confusionismo y la desconfianza.

Séptima. El lenguaje, en sustitución de la creencia. La fe, según la doctrina de la Iglesia reiterada en el Concilio Vaticano, exige la adhesión de unas verdades y la obediencia a unos mandatos del Señor. En lugar de proclamarlas con decisiones y con firmeza nos dedicamos hoy a un ensayismo religioso hecho de imprecisiones y futurologías, apelando continuamente a la libertad y a la persona, con simpatía hacia todo lo que está lejos y con reticencias para lo que tenemos como herencia y depósito, que debemos guardar. Es un lenguaje más apto para el humanismo poético o social de tinte cristiano que para la custodia amorosa y consciente del «credo». La más dolorosa consecuencia de todo

ello es que el pueblo queda indefenso y sometido a tortura de las perplejidades y las dudas que le ofrecemos, sin posibilidad de distinguir lo verdadero de lo falso. La mayor parte de nuestros dogmas y creencias católicas están siendo, más que revisadas para expresarlas mejor, mutiladas por una manipulación inconcebible.»

Al cronista le parecen especialmente significativos los últimos párrafos del extenso discurso del Primado. Son éstos, reproducidos literalmente: «Los resultados del posconcilio son todavía un fruto en agraz. Su maduración depende de que en el árbol del que cuelga ese fruto no se hagan cortes que impidan el acceso de la savia que da vida a la Iglesia. El Vaticano II no ha venido a plantar un árbol nuevo. Es más bien una nueva técnica agrícola, con nuevos riegos, nuevo sol, nueva y enriquecida tierra para el mismo árbol de siempre.

Son muchas ya las personas desorientadas, desasistidas o incluso privadas del alimento que deben recibir para que su vida cristiana se mantenga. El sacramento de la penitencia es combatido y despreciado. El de la eucaristía es frecuentemente recibido, pero ¿con qué provecho? El del matrimonio, sobre el que ha florecido una tan rica literatura religiosa, ya antes del Concilio, sufre un asalto sistemático con todo lo que se dice sobre relaciones prematrimoniales, separación y divorcio, exigencias del amor, paternidad responsable mal entendida, con olvido de los términos exactos de la «*Humanae Vitae*». El Magisterio de la Iglesia, en su función de garantía querida por Dios para la transmisión de la verdad revelada, es rechazado por muchos con insolencia, sin advertir que

tanto más se avance en este camino, eliminando la obediencia a las enseñanzas del Papa, no quedará en pie la autoridad de los obispos y menos resistirá la de los sacerdotes, a los que el Concilio llama rectores del pueblo de Dios».

Grave y reprobable es la obstinada falta de docilidad para entrar por los caminos de la renovación, pero todavía es más censurable la jactanciosa altanería con que se juzga y se desprecia a los que proclaman su fidelidad, su sentido de responsabilidad frente al mundo y a la vez frente a lo que el Señor ha ordenado para su Iglesia. A muchos sacerdotes se les está haciendo sufrir indeciblemente, porque, deseosos como el que más de las verdaderas renovaciones, no pueden admitir en su conciencia que se quiera hacer pasar como renovación lo que no es más que desenfreno y porque no consienten ni pueden consentir en experiencias demolidoras. Se les trata de retrógrados, de inmovilistas, desfasados, inadaptados a su tiempo. Esto es gravemente injusto. Ser tradicionales no es ser

tradicionalistas en el sentido peyorativo de la palabra.

Se ha avanzado positivamente en la educación litúrgica, en sensibilidad social, en comprensión más honda de que no puede haber amor a Dios si no hay amor al hermano, en interiorización personal, en responsabilidad más viva de que pertenecer a la Iglesia de Cristo exige una actitud de conversión continua, de búsqueda de nuevos caminos para la evangelización, de atención más delicada y analítica para todo cuanto hay de bueno en el mundo, en sus realidades económicas y políticas, en sus aspiraciones a la justicia y a la paz, en las diversas religiones, que tienen adoradores y creyentes. Todo esto es bueno para nuestra España y nuestra comunidad católica.

Pero hay demasiados defensores de la secularización y la desacralización tan repetidamente condenadas por el Papa; hay demasiada proclividad hacia los intentos de reforma social por el camino de las violencias; hay una actitud torpe y apasionada que induce a estimar en seguida como enjendamiento lo que no es más que colaboración respetuosa con la autoridad civil, respecto a la cual tan necesario como la independencia es el respeto y la justicia en la crítica; hay dolor y preocupación pastoral legítima, sí, legítima y explicable por nuestra falta de presencia eficaz en el mundo obrero y el universitario. Pero, ¡por amor de Dios!, que no se olvide a los muchos sacerdotes que todavía trabajan entre los jóvenes estudiantes con alegría y con fe y encuentran espléndida acogida. Y a los muchos párrocos del mundo rural, más pobre que el de las zonas industriales. O de suburbios y clases modestas de las grandes ciudades que realizan silenciosamente tareas de evangelización y sacramentalización humildes y llenas de eficacia, más densas y penetrantes muchas veces que las estudiadas técnicas de operatividad apostólica en que tanto se insiste. Que no se diga a la ligera que siempre llegamos tarde, cuando todo lo juzgamos con criterios humanos, porque a ese paso vamos a tener que afirmar que también Cristo habría llegado tarde en el tiempo de su encarnación, dado que las civilizaciones que le habían precedido no pudieron recibir buena nueva.

Muchos de nuestros seminarios están vacíos, lo cual es muy grave para el futuro de la Iglesia en España. Pensar en que todo se arreglará cuando del seno de la comunidad surjan adultos que reciban la imposición de las manos, puede ser un recurso de la imaginación, pero la historia es más exigente en sus comprobaciones. A medida que la religión cristiana se extiende, sus ministros tienen que multiplicarse y cada vez con más esmerada preparación. ¿O es que nos contentamos «a priori» con un cristianismo de pequeños grupos? ¿Dónde quedará entonces el celo por la expansión del reino de Dios? Efectivamente, para plantar una semilla bastan las manos de un hombre y aun las de un niño. Pero esa semilla, en la intención de Jesús, está destinada a ser árbol frondoso en cuyas ramas aniden muchas aves. Si por circunstancias ajenas a nosotros el pueblo de Dios ha de disminuir en número, aceptémoslo con humildad; pero que ni una sola centella de luz cristiana se apague por nuestra indiferencia o nuestras blanduras en cuanto a la exigencia para ser ministro del Señor. Formas diversas de reclutamiento de las vocaciones, adultos o niños, sí. Complacencias acomodaticias no valen nunca. Las cristiandades de Africa y Asia, que saben algo más que nosotros de carencias y de anhelos, dan lecciones muy distintas sobre los seminarios y la formación sacerdotal. Y consta por informaciones serias que en alguna diócesis muy importante del norte de Italia, el mayor número de secularizaciones procede de las llamadas vocaciones tardías. No generalicemos demasiado.

Pero yo tengo esperanza en la Iglesia de Dios y concretamente en la Iglesia de España. Hay mucho dolor y mucha oración y mucho esfuerzo que no pueden quedar infecundos.»

Finalmente, el arzobispo de Toledo hizo

un llamamiento a la unidad con estas palabras:

«La mayor parte de nuestras divisiones y conflictos nacían hasta ahora más de motivos pastorales que doctrinales. Ya no puede decirse lo mismo. Pero si reflexionamos a tiempo y hondamente sobre las exigencias de la fe y la moral y se produce una reacción vigorosa que nos haga estar contentos de ser lo que somos para llevar con humildad al mundo lo que el Evangelio nos pide, los pluralismos pastorales no harían más que enriquecernos y enriquecer a la Iglesia. La inmensa mayoría de los sacerdotes de España coinciden en lo fundamental de nuestras aspiraciones apostólicas. ¿Por qué hemos de ser incapaces de darnos el abrazo de la fraternidad en la misma fe, la misma moral y el mismo concepto de Iglesia? Hay algo y alguien que puede ayudarnos: el magisterio de la Iglesia y del Papa. Atengámonos a esto. Dejemos falsos magisterios. Lo demás lo hará nuestra oración, nuestra vida espiritual, nuestra cruz amada y bendecida.»—Luis MORENO NIETO.